

BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



Número 22

Diciembre de 2009

Palabra de Dios

Un ángel del Señor se les apareció, y la gloria del Señor los envolvió con su luz. Entonces les entró un gran miedo, pero el ángel les dijo: "No temáis, pues os anunció una gran alegría, que lo será también para todo el pueblo: Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor. Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre". Y de repente se juntó al ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: "¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que gozan de su amor!"



Lc, 2, 9-14

Índice

Editorial	1
Enseñanza: "La Gracia de Dios Encarnado" P. Pedro F. Reyero O.P.	2
Este Mes: "Don de Sabiduría" Licerio Osuna	8
Reflexiones de una Pionera Patti Mansfield	11
Para Meditar	13
El Rincón de los Testimonios	14
Encuentro en Hungría M ^a Eugenia Moñibas	16
Noticias...Noticias...Noticias	18
Ideas Para tu Biblioteca	19
A Tu Servicio	20

NAVIDAD



El Gloria, cantado al comienzo de la Misa, constituye una clara alusión a la Navidad. Gloria que se manifiesta en el obrar personal de Dios y que suscita "glorificación" por parte de las criaturas. Es la alabanza de la gloria de Dios por parte de los hombres. Paz significa sobretodo el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo. La paz es la gracia, la serenidad y filial relación con Dios que ha sido reestablecida, es decir la salvación. El es nuestra paz. Buena voluntad que es la fuente de todos estos bienes y el motivo del actuar de Dios, que es amor. Significa, los hombres que son amados por Dios, que son objeto de su benevolencia divina. Y estos son todo el pueblo (Lc 2,10). Navidad es la suprema muestra de la bondad de Dios y su amor a los hombres. Y nos ama sufriendo, "anonadándose" "despojándose". Nos ha amado con generosidad y con un amor de sufrimiento (Flp. 2,7). La Encarnación realiza en nosotros dos cosas: Nos llena de amor. Nos hace sabedores de nuestra salvación.

La encarnación es para gloria de Dios, pero esta gloria no consiste sino en amar al hombre. "La gloria de Dios, es el hombre vivo", es decir que el hombre viva, que sea salvado. Para un Dios que es amor, su gloria no puede consistir en otra cosa más que en amar. El amor es el "porqué" último de la encarnación. Me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gal. 2,20).

Dios ha querido la encarnación del Hijo, no para tener alguien fuera de sí que lo ame en modo digno de él, sino más bien para tener alguien al que poder amar fuera de sí, de manera digna de sí, es decir, sin medida; alguien que fuera capaz de acoger la medida de su amor que es amar sin medida. He aquí el porqué de la Encarnación. En Navidad, cuando viene el Niño Jesús, Dios Padre tiene a alguien al que poder amar fuera de la Trinidad en modo sumo e infinito. Su amor es amor de donación, no de búsqueda.

Sólo después de haber contemplado la "buena voluntad" de los hombres, es decir de nuestra respuesta al Misterio de la Navidad, llega para todos el día en que ya no basta con donar, sino que es necesario perdonar, hay que sufrir por la persona amada y esto por la opción realizada. Lo que al principio fue un don espontáneo,



gozoso y obtenido sin esfuerzo, en un determinado momento puede transformarse en peso gravoso o en tentación y exigir la negación total de uno mismo para mantener con fidelidad dicho don.

Imitar el Misterio que celebramos significa abandonar todo pensamiento de tomarnos la justicia por nuestra mano, olvidar las ofensas recibidas, borrar del corazón todo tipo de resentimiento. Y esto para honrar la Natividad del Señor, porque Dios no ha guardado rencor, no ha mirado la ofensa recibida, no ha esperado a que nadie diera el primer paso hacia él, y la Navidad así es alegría.

La fuente de alegría es Dios, la Trinidad. Es el obrar de Dios en la historia. ¡El Dios que actúa! En cuanto

Dios actúa, se produce una oleada de alegría que se propaga por siempre. El actuar de Dios es cada vez un milagro que llena de estupor el cielo y la tierra. María y los demás se alegran porque el Señor ha actuado, ha hecho grandes obras. La Iglesia hoy se alegra, por medio de la memoria, en el sentido de que la Iglesia "recuerda" las obras maravillosas de Dios en favor suyo.

Pero la alegría nos alcanza a nosotros de otro modo no menos importante: por medio de la presencia, para que nos demos cuenta que también ahora, en el presente, Dios actúa en medio de nosotros. El Espíritu está escribiendo historias maravillosas de santidad. Lo malo será quemado, el bien se acumula. La obra de los hombres se borra, la de Dios no. Al final, en la siega, el trigo es recogido y colocado

en el granero y la cizaña quemada. Basta saber esperar como Dios sabe esperar.

La alegría de la Navidad, además de ser objetiva y real, es plena y definitiva. Crece y crece, pero desde el interior, sin ir cambiando de un objeto a otro, porque su objeto infinito es siempre el mismo, es siempre Dios.

Debemos dar testimonio de la alegría. Y esto sucede cuando evitamos cualquier acritud o resentimiento inútil en el diálogo, saber irradiar confianza, imitando el modo de proceder de Dios que hace que la lluvia caiga sobre justos e injustos. "No estéis tristes ni lloréis... porque la alegría del Señor es nuestra fortaleza".

Feliz Navidad a todos y cada uno de nuestros queridos hermanos.



Enseñanza: La Gracia de Dios Encarnado

P. Pedro F. Reyero O.P.

"Y retornará de sus raíces un vástago. Sobre él reposará el espíritu de Yahvé, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Yahvé. Y su respirar será el temor de Yahvé"

(Is 11, 1-3)

Somos servidores de la vida de Dios en nosotros mismos y en los hermanos porque la vida de Dios se ha manifestado, se ha hecho visible, no sólo en la Virgen María, sino en cada uno de los ungidos por el Señor. Y esta encarnación del Verbo en nosotros sucedió el día de nuestro Bautismo. Pero vivimos muchas veces como bastante inconscientes de ello, bastante inconscientes del milagro que habita en nuestro propio corazón, aunque la semilla – dice el Evangelio – crece por su cuenta.

En esa situación viven infinitos cristianos que todavía no han descubierto el milagro de Dios encarnado en el hombre. A nosotros, por la unción del Espíritu Santo, esa experiencia de la encarnación de Dios se nos iluminó a través de la gracia preciosa de la efusión del Espíritu

Santo y nuestra propia carne sintió el gozo, la alegría maravillosa de poder afirmar: "Dios me ama, y me ama hasta el extremo de vivir en mí". Esta es la experiencia primera que todos hemos experimentado en la Renovación Carismática, y de ella nació un tiempo de una alegría y una alabanza irrefrenables, de un sentirse amados por Dios, de una ternura que brotaba incesantemente de nuestro corazón y de un gozo que nos podía, ¡nos podía! No podíamos vivir separados unos de otros, no podíamos no alabar a Dios, no podíamos no dar testimonio de esa experiencia tan enorme de la encarnación de Dios en nuestra historia, de Dios que se nos hizo visible... Y esta etapa primera de nuestra vida espiritual, al pasar los años, todos parece que la añoramos y, por ello, se predica muchas veces eso de "volver al primer amor". Pero

vemos que eso es sólo una primera experiencia, la que dicen los Padres de la Iglesia sucede en el Bautismo, sobre todo cuando bautizaban adultos.

Dios nos ilumina

Cuando leemos a los Padres de la Iglesia, llaman "Iluminación" al bautismo de los adultos. Pues bien, esa iluminación de Dios es la que tiene que seguir iluminándonos durante toda la vida para que Dios crezca en nosotros. Sabemos que en Dios se identifican la luz, el amor, la vida. Pues ese amor, esa luz, esa vida de Dios que nacen en nosotros como una pequeña flor que podemos reconocer y experimentar, necesariamente ha de ir creciendo y, para ello, Dios tiene que seguir tocándola, iluminándola. Y esa iluminación de Dios va produciendo en nosotros un efecto curiosísimo, que

Y es que cuando Dios va iluminándonos en el proceso de la fe, en el proceso del crecimiento, se produce en nosotros una cada vez mayor experiencia de pobreza, de inutilidad, de impotencia...

mucha gente no sabe discernir. Pero para eso precisamente están o deben de estar los servidores. Y es que cuando Dios va iluminándonos en el proceso de la fe, en el proceso del crecimiento, se produce en nosotros una cada vez mayor experiencia de pobreza, de inutilidad, de impotencia... de tal forma que los santos, cuando son verdaderamente santos, nos hablan de una experiencia de nada tan enorme que a uno le espanta. ¿Cómo es posible que santa Teresa, santa Teresita del Niño Jesús, san Juan de la Cruz, santo Domingo de Guzmán, san Francisco de Asís... gimieran y gimieran ante el Señor por su pobreza, por su pecado? Pues porque realmente se sentían terriblemente pecadores, es decir, terriblemente pobres. Esto bien discernido significa que la luz de Dios estaba tan cerca de su pobreza, que estaban totalmente iluminados, que la cercanía de Dios tocando la vida de esas personas las hacía santas, que Dios cada vez que se acerca más a nosotros, nos transforma más, transforma todo lo que somos, transforma nuestra pobreza.

Para transformar nuestra pobreza – “amada en el Amado, transformada”, de que nos habla San Juan de la Cruz – Dios tiene que iluminarla y la ilumina de tal manera que lo que experimentamos es que cada vez vamos peor, que cada vez somos más pobres, que cada vez somos más débiles, incapaces de todo. Y esta experiencia, que se refleja en nuestra carne, a muchas personas les despista totalmente en la vida espiritual y empiezan a pensar que Dios ya no les quiere, creen que Dios no está cerca de ellos, dicen: –“¿cómo es posible que yo esté pasando por lo que paso si

Dios es mi Padre?, ¿cómo es posible este sufrimiento y este sentimiento de inutilidad, y este vacío de todas mis facultades que no entiendo nada, que no veo nada, que estoy como perdido?, ¿cómo es posible que esto suceda en mi vida, si yo en realidad lo que estoy descubriendo es la cercanía de Dios, el amor de Dios, la profundidad de Dios?, ¿cómo es posible que se dé esta contradicción tan fuerte en mi corazón?”.

Dios ha de bajar a nuestras profundidades para librarnos de ellas

Baja Dios hasta nuestros abismos más profundos porque la Luz ha venido y viene a las tinieblas, y cada vez que Dios profundiza más en nosotros y la santidad de Dios nos toca más, nos ilumina más, aparecen de una manera más honda nuestras propias tinieblas, nuestros propios infiernos (...) y que llamamos sencillamente pecado original.

En este momento en la Renovación muchos hermanos están pasando por estas situaciones, especialmente los que empezaron hace un montón de años, porque Dios ha ido profundizando en ellos, Dios en su presencia se ha hecho más cercano y cuando la luz se hace más cercana del hombre, el hombre queda iluminado de una forma tan fuerte que hasta se asusta de sí mismo. Baja Dios hasta nuestros abismos más profundos porque la Luz ha venido y viene a las tinieblas, y cada vez que Dios profundiza más en nosotros y la santidad de Dios nos toca más, nos ilumina más, aparecen de una manera más honda nuestras propias tinieblas, nuestros propios infiernos, esas raíces profundas que afectan a la biología del ser humano y que es una herencia que hemos recibido y que llamamos sencillamente pecado original. El pecado original es algo tan terrible y

tan real y afecta de tal manera las raíces profundas del hombre, que en las Escrituras se le llama “infiernos”; infiernos que, de hecho, aparecen en los momentos que Dios toca las raíces de nuestra vida. Entonces pueden aparecer unas reacciones de soberbia en nuestro corazón, de protesta tan terrible que uno se asusta de sí mismo: –“¿Pero cómo es posible que yo sea tan soberbio después de tantos años en el servicio del Señor?”, o aparecen unas raíces de envidia que nunca había detectado uno: – “¿envidioso yo?, ¿de qué, de quién?”. Sólo cuando Dios toca y baja a ese infierno de la envidia el hombre lo ve, lo experimenta, porque la luz de Dios toca, la luz de Dios quema, la luz de Dios purifica. Y cuando está la luz tocando la raíz de mi soberbia o de mi envidia o de mi pereza o de mi lujuria, aparecen ahí verdaderos infiernos, aparecen realidades en el hombre, en mi propia carne de las cuales yo me asusto.

Y nos asustamos hasta tal punto que yo veo que en la Renovación, cuando Dios nos iluminó por primera vez en la efusión del Espíritu Santo, como iluminó las zonas pobres de nuestra vida de una forma general, dábamos testimonio de ello con toda sencillez y alegría. Pero me he dado cuenta de que cuando baja a profundidades mucho más hondas, los hermanos de mi grupo no dan testimonio de eso. Nos da miedo a todos dar ese testimonio, en parte porque, después de tantos años en la vida espiritual, nos avergüenza tener que compartir

Entonces pueden aparecer unas reacciones de soberbia en nuestro corazón (...) o aparecen unas raíces de envidia que nunca había detectado uno.

con los hermanos la enorme soberbia o la enorme envidia o el enorme egoísmo... que aparecen en mí. Decir eso, decirlo en serio iluminado por Dios, reconocerlo a la luz de Dios, para el hombre supone una humildad impresionante que no poseemos. Y

¿dónde está el testimonio de que Dios bajó a tus infiernos?, ¿qué es eso de la santidad de Dios, del amor de Dios tocando tus abismos?, ¿dónde está eso?, ¿dónde está? No nos atrevemos, y no nos atrevemos porque no podemos, porque para el ser humano aceptarse así es algo tan tremendo que no lo puede soportar.

poquito a poco vamos viendo que damos testimonio de cositas que pueden estar bien, pero yo estoy cansado de oír a la gente siempre lo mismo, que se han curado cien veces de una rodilla, doscientas veces del pie derecho, trescientas veces del codo izquierdo. Pero ¿dónde está el testimonio de que Dios bajó a tus infiernos?, ¿qué es eso de la santidad de Dios, del amor de Dios tocando tus abismos?, ¿dónde está eso?, ¿dónde está? No nos atrevemos, y no nos atrevemos porque no podemos, porque para el ser humano aceptarse así es algo tan tremendo que no lo puede soportar. Sólo los confesores, cuando la gente de la Renovación acude a este sacramento, – porque ahí estamos en el terreno sagrado de la gracia y del perdón de Dios –, conocemos esta enormidad del amor de Dios tocando las tinieblas del hombre; ahí sí se expresan aunque la gente lo haga asustada o culpándose a sí misma, o diciendo: “cada vez voy peor, estoy perdido en la vida espiritual, cada vez entiendo menos, cada vez valgo menos... Antes tenía por lo menos alguna experiencia de Dios, pero ahora no tengo nada”. Y sin embargo es Dios que está tocando todas las facultades sensibles y las ha anulado para que la fe crezca, para que la confianza crezca.

La Cruz de Cristo ha de tocar nuestra carne para transformarla

Este proceso de Dios en nosotros, es tan fuerte y es tan poderoso que no podemos expresarlo en palabras

porque no lo entendemos, porque es como una contradicción el experimentar ese enorme sufrimiento con el que es purificada la carne y que es la Cruz de Cristo tocando tu carne. De esto es de lo que os estoy hablando: ¡la Cruz de Cristo toca nuestra carne para transformarla! Y es una contradicción para la carne que Dios sea mi Padre y me esté crucificando, me esté quemando, me esté pasando por ese fuego del que habla Elías y del que habla San Juan de la Cruz y del que hablan todos los santos. Y esta contradicción que la carne siente, es todavía peor cuando es tentada por aquel que tiene como misión el hacernos ver que Dios no nos quiere y nos dice: –“¿Cómo es posible que tú sigas predicando cuando ves que no eres ni tienes nada?, ¿cómo es posible que Dios te siga amando en esa pobreza total?”.

Pues evidentemente hay un tentador – en el que todos creemos porque lo experimentamos –, que tiene como misión el hacernos creer: “¡ves Dios no te quiere, Dios no te ha elegido, Dios está lejos de ti, Dios te ha abandonado!”. Y cuando nos tienta de esta manera, ¿qué quiere conseguir?: ¡impedir que seamos transparentes, impedir que ejerzamos los carismas, impedir que hagamos realidad la misión que Dios nos dio, hacer que perdamos toda confianza en Dios! Aunque sea de noche en nuestra vida, tenemos que proclamar como san Juan de la Cruz, “¡qué bien sé yo do mana la fonte aunque es de noche!”. Porque ya hace como diez o doce años que empezó el Señor a hablarnos de pobreza, a revelarnos el misterio de esa pobreza, a decirnos que en esa pobreza hemos de vivir. Y es el propio Señor quien nos lleva a vivir en ella y, por eso, la ilumina cada vez mas y permite nuestras debilidades, para que no nos salgamos de ella, porque si nos saliéramos de la pobreza nos saldríamos de Dios. ¿Entendéis bien? Si nos saliéramos de la pobreza nos saldríamos de Dios, estaríamos en el terreno de la autosuficiencia. A Abrahán, el padre de la fe, le tuvo Dios veinte años esperando a Isaac y ¡aguántate esa pobreza veinte años, aguanta que Dios te dice que “yo te quiero y te voy a dar un hijo”, pero

éste no viene! Vivir en esa pobreza de modo permanente, sin desesperarnos, sin desconfiar de Dios, aceptándonos a nosotros mismos como somos, eso es lo que hace la iluminación de Dios cuando nos transforma. Necesitamos un don del Espíritu Santo para poder aguantar esa pobreza y aceptarla con confianza, sin tirar la toalla y “marchar monte abajo” perdiéndose la santidad, la vida de Dios en nosotros, como dice San Juan de la Cruz.

Yo conozco mucha gente que por no tener discernimiento, por no estar bien orientados en este proceso de Dios en nosotros, por no saber que la santidad de Dios baja a nuestros infiernos y que tiene necesariamente que bajar para transformarnos del todo, han dejado la Renovación y hasta la vida espiritual, porque cada vez se ven peor y no han tenido una palabra de luz y de discernimiento. En los comienzos de la Renovación algunas personas, a las que Dios nos dio esa experiencia terrible de la propia pobreza – a veces con depresiones, como en mi caso, y otras cosas semejantes –, nos saludábamos de este modo: –“¿Cómo estás?”, –“¡yo,

(...) porque si nos saliéramos de la pobreza nos saldríamos de Dios. ¿Entendéis bien? Si nos saliéramos de la pobreza nos saldríamos de Dios, estaríamos en el terreno de la autosuficiencia.

perfectamente bien, es decir, perfectamente mal!”. Es decir, mi carne está mal, muy mal, pero sé que es porque Dios está trabajando en mí, por lo tanto estoy perfectamente bien. Hay que entender esta contradicción

Hay que entender esta contradicción porque a ella se añade la tentación del enemigo que nos hace ver: “ves como Dios no te protege (...)”

porque a ella se añade la tentación del enemigo que nos hace ver: "ves como Dios no te protege, no ves que es una imaginación tuya lo que crees que estás viviendo, no ves que lo que creces en santidad es un cuento porque cada vez estás peor". Pues por aquí anda el noventa por ciento de la Renovación que yo conozco, y en muchos caso como ovejas sin pastor, ¡como ovejas sin pastor! sin una palabra de discernimiento que les diga "tu situación es perfecta, porque Dios en ti está haciendo una obra preciosa y los defectos que aparecen en tu carne son reales pero están siendo transformados..." El hombre se ve cada vez más pobre a la luz de Dios, lo cual es fantástico, porque si nos viéramos absolutamente pobres a la luz de Dios, Dios sería todo nosotros y nosotros no seríamos nada, lo cual significaría la santidad plena.

¿Queréis un ejemplo? Leer el texto del Bautismo de Jesús. Jesús se atrevió a manifestar ante los demás, todos los abismos de que es afectado el hombre, los abismos de pecado, los abismos de pobreza... Es Dios y se pone a la cola de los pecadores, como uno más, diciendo públicamente: "yo soy esto, yo soy un pobre". ¿Queréis otro ejemplo? Jesús fue crucificado totalmente desnudo en lo exterior y en lo interior: le despojaron de sus vestidos y experimentó el silencio de Dios: "¿Padre, por qué me has abandonado?". Muchas personas de nuestros grupos también pronuncian estas palabras. ¿Por qué me has abandonado? ¿Habéis pensado bien esto los servidores? Pero a Jesús a continuación le oímos decir: "en tus manos, Padre, yo me abandono". Es la absoluta pobreza del Señor que clama a la gratuidad del amor con que Dios le ama y éste le concede el don de confiar. Pero no fue eximido Jesús en su muerte de sentir este abandono: "Padre, me has abandonado, ¿por qué?".

Esa imagen de Jesús que cuando va a ser bautizado es contado entre los pecadores –como dice Isaías–, o esa experiencia de debilidad y desamparo que siente en la cruz, son las imágenes más perfectas para nosotros de cómo hemos de vivir toda nuestra

vida, manteniendo una pobreza cada vez mayor a la luz de Dios. Porque quienes ponen de relieve nuestra pobreza son la santidad y la luz de Dios, que vienen a purificarla, a amarla, a enriquecerla con su riqueza, de tal manera que la amada pobre del Cantar de los Cantares, negra, desvencijada como las Tiendas de Quedar, es habitada nada menos que por el Dios Altísimo. Para que Dios pueda transformar nuestro ser ha de abajarlo y ha de iluminarlo hasta profundidades tan hondas que nos da miedo hasta hablar de ellas. Cuando

*¿Queréis otro ejemplo?
Jesús fue crucificado totalmente desnudo en lo exterior y en lo interior: le despojaron de sus vestidos y experimentó el silencio de Dios: "¿Padre, por qué me has abandonado?".*

Santa Teresita dice poco antes de morir: "no dejéis ningún instrumento que pueda herir cerquita de mí", ¿qué está diciendo? Está hablando de la desesperación total de su carne, ¡de su carne!, por la irrupción total de Dios en su vida.

Pero a Jesús a continuación le oímos decir: "en tus manos, Padre, yo me abandono".

El don del Espíritu Santo para discernir el proceso de crecimiento y aceptar nuestra pobreza

La psicología humana es la que traduce a Dios. A Dios en nosotros lo experimentamos y lo expresamos a través de nuestra psicología. Y explicar el paso de Dios por ella es una sabiduría que los servidores en la Renovación tendremos que aprender para ir dando luz y discernimiento a los que van por este camino y están necesitando de esa palabra. No proponer a los grupos muchas cosas que hacer – que eso es muy fácil – sino ir a lo profundo, porque la tarea

del servidor es la de servir a la vida de Dios y al crecimiento de la vida de Dios en los demás y en uno mismo. Y esto lleva a tener sabiduría sobre este proceso del que estamos hablando. Y ¿quién nos dará esa sabiduría para nosotros mismos y para los demás? ¡Ya la tenemos dentro! porque la teología nos dice que con el Bautismo, con la vida de Dios, se nos dan los dones del Espíritu Santo. Y para entender el proceso de la santidad, el proceso del crecimiento de Dios en nosotros y de nuestro decrecimiento –"el que quiera crecer que decrezca", "el que quiera la vida que la pierda" dice Jesús–, tenemos el don que Isaías llama "don de Temor de Yahvé".

El primer don, el que es la base del edificio espiritual, es el **don de Temor de Yahvé** que lleva consigo la humildad, lleva consigo la aceptación humilde de nuestra propia pobreza. Humildad viene de "humus", viene de tierra, viene de impotencia, viene de debilidad. Pues bien, dice el texto de Isaías que el mismo Jesús necesitó este don para poder vivir con alegría su propia pobreza. Y lo dice dos veces. La traducción de Nacar Colunga, que me gusta mucho, dice: "su respirar será el temor de Yahvé", es decir, la respiración de Jesús será este don. Y ya sabéis que para los hebreos respirar es amar, amar es respirar juntos. Jesús respira con el Padre y, desde su pobreza, acoge todos los días el don que Él le da, la palabra que Él le da, los hechos que Él le da... ¿No dice Jesús "mi palabra no es mía", "las obras que yo hago no

El primer don, el que es la base del edificio espiritual, es el don de Temor de Yahvé que lleva consigo la humildad, lleva consigo la aceptación humilde de nuestra propia pobreza.

las hago yo, me las dan..." Jesús fue absolutamente pobre; fue el que no tenía nada, el que se mantuvo toda la vida en absoluta necesidad. Pero claro esto tiene un secreto: el que se mantiene en absoluta pobreza, tiene que vivir necesariamente cada día de

Pero claro esto tiene un secreto: el que se mantiene en absoluta pobreza, tiene que vivir necesariamente cada día de Dios. Dios es la gratuidad para el pobre.

Dios. Dios es la gratuidad para el pobre. Y en la escritura esto está absolutamente claro. A Jesús lo vemos acogiendo todos los días, respirando el Temor de Yahvé todos los días, viviendo de la gratuidad de Dios cada instante. Él no necesitaba ni quería dejar de ser pobre. Jesús asumió ser totalmente pobre para glorificar a Aquel que le daba todo. ¡Qué delicia que Alguien a quién yo amo sea glorificado, qué delicia que la gloria sea toda para Aquel que me lo da todo! Por eso Jesús es la gran revelación del amor del Padre.

A esta forma de vida es a la que el Señor nos lleva personalmente y lleva a la Renovación y especialmente a los grupos que empezaron hace años. Y estamos en ese proceso en el cual el Señor nos ilumina para que el hombre se acepte a sí mismo en su pobreza total y su total dependencia de Dios. A la gente de este mundo le desespera tanto su pobreza que llega a suicidarse, porque la pobreza no aceptada puede llevarte al suicidio, y vemos que en este momento es un fenómeno que está sucediendo de modo casi masivo ya. Este es un signo de Dios para nosotros. ¿Por qué se quiere suicidar la gente?, ¿porque no soporta su pobreza! Uno de los extremos es la desesperación y el suicidio; y el otro extremo es el abandono total en las manos de Dios: “en tus manos pongo mi alma, pongo mi espíritu”. Y entre el suicidio y el abandono hay una gama enorme de actitudes, entre las cuales, están seguramente las nuestras.

La humildad de compartir nuestros abismos nos hace libres

Me imagino que a estas alturas de la enseñanza ya sabemos qué tenemos que pedir para nosotros y para nuestros hermanos: que este don del Espíritu Santo sea tan poderoso que

experimentemos la alegría de ser pobres porque en ella glorificamos a Aquel que nos ama y a quién queremos amar. Llegar a esta alegría, a este gozo, saber llamar hermana a la muerte y vivir en paz con el dolor – como predicaba tanto San Francisco – es el fruto del don del Espíritu santo, de este don primero de Temor de Dios que es el fundamento de la vida

(...) que este don del Espíritu Santo sea tan poderoso que experimentemos la alegría de ser pobres porque en ella glorificamos a Aquel que nos ama y a quien queremos amar.

espiritual. Si este don brotara más en nosotros, si lo pidiéramos más, yo estoy convencido que el compartir en los grupos de la Renovación estaría a un grado de profundidad tan enorme de gracia de Dios que nos devolvería la alegría del primer amor. Pero una alegría purificada, una alegría crecida que ahí es donde quiere llevar el Señor a la Renovación, ¡ahí, no a otro lugar! Si Dios te da la humildad para poder hablar de tus heridas profundas, de las marcas profundas que el pecado deja en tu naturaleza humana, si llegas a compartir con alguien esos abismos muy serios por el don del Espíritu Santo, surge un hombre libre por dentro, un hombre interior que de pronto se siente liberado como si hubiera estado atado por esa impotencia de expresar lo que realmente Dios está haciendo en él.

Si fuéramos capaces de expresar lo que Dios está haciendo en nosotros, por este camino – ¡por este camino, no por otro! –, no por el camino de las historietas ni de las grandezas ni de las visiones... ¡no!, ¡no!, ¡por este!, que es un camino seguro, el único seguro como dice Santa Teresa –, si fuéramos capaces de compartirlo como hermanos y de orar unos por otros en serio para poder vivir este proceso, surgiría un crecimiento tal que estaría lleno de gozo, de esperanza, de esos frutos de la Resurrección de Jesucristo que se

manifiestan cuando el hombre crece y va siendo cada vez más libre, cuando van desapareciendo de su corazón las tinieblas y va entrando la luz de Dios hasta los infiernos a los que Dios viene para liberarnos, para transformarnos, para darnos vida. Este tendría que ser nuestro verdadero testimonio: –“¿Pero no os dais cuenta que el Señor me amó en mis infiernos, que siendo Dios bajó a mis abismos, a lo más pobre de mí y que ahí me amó?”. En el Credo proclamamos que Dios descendió a los infiernos. ¿Qué infiernos? ¡pues los tuyos, los míos! Dios descendió a tus infiernos porque te amó en tu infierno y si lo acogemos así de verdad nuestro testimonio será impresionante, seremos seres a los que la Encarnación de Dios les habrá tocado en lo más hondo.

Nosotros tenemos la tendencia de ocultar nuestros infiernos, tenemos la tendencia de hacer aparecer ante los demás la cara buena, digamos, de Dios en nosotros. Pero la cara buenísima de Dios en nosotros, la mejor de todas es aquella en la que muestras que en el infierno que estás ha venido Dios, ha nacido Dios. Y así se cumple aquello que recordamos de San Pablo en la segunda carta a los Corintios: **“al que no tenía pecado le hizo pecado por nosotros, para poner en el lugar donde estaba el pecado –en mi infierno– la presencia de Dios”** (2Co 5, 21).

Nosotros tenemos la tendencia de ocultar nuestros infiernos, (...)

Dios hace el cielo en mi infierno

Entender que en el lugar más hondo de mi pecado, donde me afectó el pecado original, allí Dios ha puesto su presencia, su morada, es saber que ha hecho el cielo en mi infierno. Y entender esto es entenderlo todo. El misterio de la pobreza es un gran misterio, imposible de aceptar sin el don del Espíritu Santo. Y para andar en este camino no tenemos otra salida que mirar al Crucificado: ahí está el

Entender que en el lugar más hondo de mi pecado, donde me afectó el pecado original, allí Dios ha puesto su presencia, su morada, es saber que ha hecho el cielo en mi infierno. Y entender esto es entenderlo todo.

amor de Dios amando, asumiendo en su carne la pobreza de todos los seres humanos. Ha hecho suya la pobreza humana, se ha identificado con ella, la ha asumido y, por lo tanto, la pobreza humana, los abismos humanos, los infiernos humanos están salvados porque están en el cuerpo de Cristo.

¡Qué preciosidad el don de Temor de Yahvé, respirar así, ayudar a los hermanos a entender esto, apoyarles cuando son débiles y tienen miedo, confortarles cuando creen que han extraviado el camino del Señor, orar por sus temores para que puedan abandonarse a Dios y no se rechacen a sí mismos, tenderles una mano cuando están por dentro, a veces, desesperados...! Pero todo esto normalmente no lo compartimos, en este momento de la Renovación no lo hacemos. A veces se dice en la confesión, a veces se comparte con algún hermano concreto pero, en general, en los grupos no lo decimos. Fuimos transparentes hasta donde pudimos sin gran escándalo de nosotros mismos, pero a partir de ahí hemos ido encerrándonos cada uno en su propio sufrimiento. Y yo conozco muchos hermanos que cuando vienen a predicarnos y la predicación es tan superficial, tan poco honda y tan poco real, siempre poniendo “pomaditas” para que nadie se asuste, se sienten mal, se sienten muy mal, porque ellos están pasando por este camino serio de profundización y crecimiento del que estamos hablando y eso duele, ese camino duele. Lo que nos dijo la madre Teresa de Calcuta a los sacerdotes en Roma en un retiro: "Queridos hermanos, la santidad duele". Hay hermanos que están pasando por esas situaciones y de pronto oyen: "para mí todo es

sencillo, para mí todo es alegría, ¡qué maravilla todo!...". Mira, vamos a dejarnos de historietas, que el problema que sucede en todos nosotros es la encarnación de Dios en una carne que no está preparada para aceptarla ni para ser transformada, y que se revela y que lo pasa mal... Pero esa es la Cruz de Cristo actuando en la carne humana y ahí está la salvación, ahí está el primer misterio de nuestra fe, ¡y vamos a dejarnos de historias! Y a esos niveles tenemos que llegar a compartir, a ayudarnos. Por eso san Juan de la Cruz dice claramente que este camino de la fe no lo puede vivir uno solo, ¡porque no puede!, porque se asusta, se pierde y se acaba yendo.

Compartir la fe a estos niveles es la gran necesidad que en este momento yo veo en la Renovación, para que podamos volver a experimentar en nosotros una alegría resucitada, un gozo resucitado, eso de que hablaba tanto Pablo VI.

Compartir la fe a estos niveles es la gran necesidad que en este momento yo veo en la Renovación, para que podamos volver a experimentar en nosotros una alegría resucitada, un gozo resucitado, eso de que hablaba tanto Pablo VI. Leer a este Papa hablando de la alegría, del Espíritu Santo; leer sus discursos sobre la Renovación y veréis como todos van por aquí: no podremos ser verdaderamente creyentes y evangelizadores sin haber experimentado en nuestra carne el

(...) compartir esas profundidades de la fe no tiene nada de fácil ni de fundamentalista y, por eso, hoy hay una corriente en la Renovación que en el fondo se está cargando la cruz de Cristo.

poder de la Resurrección de Jesucristo. Entonces es cuando nace en nosotros una palabra resucitada, una palabra viva, una mirada – como dice Pablo VI – profética, un viento en las velas que nos lleva... Pero de momento yo veo que estamos como en invierno, como cuando la semilla está oculta y no acaba de crecer y manifestarse, porque compartir esas profundidades de la fe no tiene nada de fácil ni de fundamentalista y, por eso, hoy hay una corriente en la Renovación que en el fondo se está cargando la cruz de Cristo. Y la cruz de Cristo tiene que actuar en mi carne, y cuando actúa evidentemente mi carne lo experimenta, mi carne lo siente y mi carne se estremece como la de Jesús, gracias a Dios, ¡cómo la de Jesús! ¿O es que queremos ir por otro camino?, ¿o es que nosotros tenemos otro camino que no tiene nada que ver con el de Jesús, el servidor de todos?

Para que suceda este milagro y podamos compartir a los niveles que Dios quiere, nosotros necesitamos la fe y el don de Temor de Dios, que es el primer don que necesitó Jesús para vivir. El segundo, que es el don de Fortaleza, comprenderéis bien que nace del anterior porque si somos tan pobres, si estamos revestidos de tanta impotencia ¿dónde podemos apoyarnos y en quién? Pues en el don de Fortaleza que es el don del Espíritu Santo que consiste en que si he vivido

(...) si estamos revestidos de tanta impotencia ¿dónde podemos apoyarnos y en quién? Pues en el don de Fortaleza (...)

hasta ahora con mi vida apoyada sobre mi quicio, sobre el quicio de mi yo y he experimentado que ese quicio es débil, que no sabe, que tiene una impotencia radical para todo, empezar a apoyar mi puerta en el quicio de Jesucristo, estar seguros sólo de Él. Esto sería la síntesis del don de Fortaleza, del don que el Espíritu nos da de estar seguros sólo de Dios, no de nosotros. Lo vemos en las tentaciones de Jesús. Jesús fue tentado

con fuertes tentaciones y las venció sin pronunciar la palabra yo. ¡No la pronuncia nunca! Sólo habla del Padre y cita el libro precioso del Deuteronomio, que tenéis que meditar despacio especialmente el capítulo treinta y dos. Y este libro que cita Jesús, el Deuteronomio, es el libro sobre el Padre.

Jesús para vencer sus tentaciones que fueron poderosas, las mismas que a nosotros y a nuestros hermanos de la Renovación nos atacan, acudió al Padre, no se apoyó en él mismo para nada, no aparece ningún propósito, ninguna promesa, ninguna lucha... Sólo cita las palabras de su Padre en el Deuteronomio: “Dice mi Padre: ¡no sólo de pan vive el hombre! Dice mi Padre: ¡adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo servirás!...” ¡y se fío totalmente de estas palabras de su Padre y el diablo yéndose le dejó. ¿Qué don tenía aquí Jesús? El don de Fortaleza que dice me fío totalmente de él, no de mí. Leemos en el acta de los mártires la historia de Santa Felicidad que en la cárcel en trance de dar a luz daba gritos y gemidos y el carcelero se burlaba de ella diciéndola: “si ahora gritas así ¿qué

será mañana cuando te echen a las fieras?”. Y santa Felicidad, que se parece mucho a Jesús, le responde al carcelero: “es que ahora estoy dando a luz yo, pero mañana cuando me echen a las fieras no me enteraré de nada de lo que allí va a pasar, porque me apoyaré en el poder de Otro”. Y así fue. Echada a las fieras junto a santa Perpetua, medio las destrozaron, pero no se enteraron de nada. Aunque poco después murieron mártires, ellas funcionaban desde los dones del Espíritu Santo: en su debilidad se fieron sólo de Dios.

Otro don que necesitó Jesús es aquel en el cual Jesús nos enseña a orar, nos enseña a llamar a Dios Abbá, papá, nos enseña que somos hermanos, nos enseña la familiaridad con Dios. San

Otro don que necesitó Jesús es aquel en el cual Jesús nos enseña a orar, nos enseña a llamar a Dios Abbá, papá, nos enseña que somos hermanos, nos enseña la familiaridad con Dios.

Pablo dice mucho “familiares de Dios”. La santidad en la vida consiste en la familiaridad con Dios, experimentarse cómo familia de Dios. Sabemos que Dios es familia, que Dios es trinidad, que Dios es comunidad y sabemos que Jesús pidió al Padre poco antes de morir, que esto sucediera entre nosotros: **“Padre que estos – los de la Renovación – sean uno, cómo tu y yo somos uno, para que el mundo crea que tú me has enviado”** (cf Jn 17, 21). Pues bien, ser comunidad es un imposible para nosotros, es una obra que nosotros no podemos hacer, es un regalo de Dios, es un don. Y entenderlo como un regalo y entender a los hermanos como un don y entender que Dios nos da su propia vida comunitaria para vivir en nosotros sus relaciones de amor, entender esto es hacernos familiares de Dios. Es la gran revelación de la Trinidad, es la gran revelación de la comunidad, es la gran revelación de que Dios tiene por objetivo introducirnos en su vida íntima.

P. Pedro F. Reyero O.P.



Este Mes: Don de Sabiduría

Licerio Osuna

Queridos hermanos: Hoy vamos a dedicar unas páginas de nuestra Revista a dar unas pinceladas sobre uno de los dones del Espíritu Santo más comentado a lo largo de la historia.

Se habla de este don, no sólo a lo largo del Antiguo y del Nuevo Testamento, sino que también lo hacen los Padres de la Iglesia, los Santos, los teólogos y numerosos escritores que percibieron en sus vidas la acción del **“Don de Sabiduría”**.

Muchas veces se confunde el don de sabiduría con el conocimiento de cosas, con lo científico, con el saber.

Sin embargo, la sabiduría a la que vamos a referirnos es otra cosa. Hablamos de la sabiduría que procede de Dios.

Podíamos preguntarnos: ¿Cómo se obtiene el **“Don de Sabiduría”**? Pues bien, al decir que es un don, nos debe quedar claro que es un regalo que se nos da, sin que para ello hayamos tenido que hacer nosotros ningún mérito. El don de sabiduría (como los demás dones), nos ha sido regalado en nuestro Bautismo; pero dada nuestra naturaleza humana, como que ha quedado bloqueado por algo negativo que hay en nosotros: no se ha

desarrollado del todo.

Podíamos recurrir a un ejemplo puramente humano: Muchas veces recibimos regalos que no utilizamos, que dejamos olvidados en algún rincón de la casa. Esto mismo nos puede pasar con los dones del Espíritu Santo. Para hacerlos crecer dentro de nosotros, para hacerlos germinar y que no queden sólo como semillas, es necesario una acción por parte nuestra. En este caso, el cristiano tiene que estar dispuesto a gustar de la vida de Dios. Ser capaz de desprenderse de todo para dejarse llenar por Dios, gustando de ÉL.



Como todos los dones del Espíritu Santo, este don se nos da para que podamos vivir en santidad. Nadie puede recibir la gracia de la santidad sin el auxilio del don de sabiduría, ya que este nos enseña a comprender y experimentar las cosas desde Dios.

Todos los dones del Espíritu Santo son necesarios para el cristiano y debemos aspirar a ellos con todo nuestro corazón; pero entre ellos, de una forma especial, debemos desear que “el **Don de Sabiduría**” ilumine nuestra vida y nos haga partícipes de un nuevo conocimiento, de una nueva forma de percibir y valorar todas las cosas desde Dios y amar toda su creación como Él la ama.

También hemos de considerar que este don está íntimamente unido a la “**virtud teologal de la caridad**”; ésta, nos da un especial conocimiento de Dios y de las personas y dispone al alma para poseer «una cierta experiencia de la dulzura de Dios», en Sí mismo y en las cosas creadas en cuanto se relacionan con Él.

Por todo ello, hemos de pedir al Espíritu Santo que nos inunde de su **SABIDURIA** para poder comprender y amar a Dios como Él quiere ser conocido y amado por nosotros.

¿Qué es el Don de Sabiduría?

Como hemos dicho antes, uno de los siete dones que nos da el Espíritu Santo es el don de sabiduría. La clásica definición dice que: “**El don de Sabiduría es un hábito sobrenatural inseparable de la Caridad por el cual juzgamos rectamente de Dios y de las cosas divinas por sus últimas y altísimas causas (es decir Dios mismo) bajo el instinto especial del ESPÍRITU SANTO, que nos las hace saborear con cierta connaturalidad y**

empatía”.

Es una acción directa del Espíritu Santo que actúa (como sucede en todos los dones) en las almas en estado de gracia.

También podemos usar la definición que hace el Papa Juan Pablo II en una de sus homilías sobre los dones del Espíritu Santo: “**El primero y mayor de tales dones es la sabiduría, la cual es luz que se recibe de lo alto: es una participación especial en ese conocimiento misterioso y sumo, que es propio de Dios**”. En efecto, leemos en la Sagrada Escritura: "Supliqué, y se me concedió la prudencia; invoqué, y vino a mí el **espíritu de sabiduría**. La preferí a cetros y tronos, y, en su comparación, tuve en nada la riqueza" (Sb 7, 7-8).

Esta sabiduría superior es la raíz de un conocimiento nuevo; “**un conocimiento impregnado por la caridad**”, gracias al cual el alma adquiere familiaridad, por así decirlo, con las cosas divinas y prueba gusto en ellas. Santo Tomás habla precisamente de "un cierto sabor de Dios" (Summa Theol. II-II, q.45, a. 2, ad. 1), por lo que el verdadero sabio no es simplemente el que sabe las cosas de Dios, sino el que las experimenta y las vive.

Podemos decir que El don de sabiduría nos da un conocimiento amoroso de Dios; un amor pleno, un amor sin fisuras. Sólo desde este amor podemos “saborear” este don.

Esta sabiduría se funda en el amor y desemboca en el amor, no es sólo un proceso intelectual, sino que es amor y conocimiento; amor contemplativo y contemplación amorosa. La contemplación en que se realiza el don de la sabiduría no es visión inmediata de Dios en esta vida, (prescindiendo del estado pasajero del éxtasis), sino un hacerse conscientes de Dios; una experiencia de Él.



La sabiduría de Dios, la valoración y estimación de las cosas con los ojos de Dios parece locura al pensamiento del mundo, y viceversa: la sabiduría del mundo es locura a los ojos de Dios. El don de la sabiduría capacita para reconocer como locura la sabiduría del mundo y para reconocer como sabiduría verdadera la sabiduría de la Cruz, que el mundo tiene por locura (I Cor. 1, 22-31)

Como hemos dicho antes, este don está íntimamente ligado a la caridad; es decir: al amor; por lo tanto, cuanto mejor dispuestos estemos a que se manifieste en nosotros esta virtud, también estaremos mejor dispuestos a que este don se haga presente en nuestro corazón, en nuestro espíritu.

Cómo se manifiesta el Don de Sabiduría en nosotros

En aquellas almas en las que el don de sabiduría hace morada, perfecciona la virtud de la caridad dándole la modalidad divina que reclama y exige por su propia condición de virtud teologal perfectísima. A su divino influjo, las almas aman a Dios con amor intensísimo, por cierta connaturalidad con las cosas divinas, que las hunde, por decirlo así, en las profundidades insondables del misterio trinitario. Todo lo ven a través de Dios y todo lo juzgan por razones divinas, con sentido de eternidad, como si hubieran ya traspasado las fronteras del más allá. Han perdido por completo el instinto de lo humano y se mueven únicamente por cierto instinto sobrenatural y divino.

Este don del Espíritu nos enseña a mirar a Dios y a toda su creación según el mismo Espíritu de Dios, y quien conoce bien a Dios mira y juzga todas las cosas rectamente. Dice Santo Tomás de Aquino dice: “Quien conoce de manera absoluta la causa, que es Dios, se considera sabio en absoluto, por cuanto puede juzgar y ordenar todo por las reglas divinas. Pues bien, el hombre alcanza ese tipo de juicio por el Espíritu Santo” (Suma Teológica, II-II, q 45, art 1)

Podríamos decir entonces que por el don de sabiduría comprendemos las cosas desde Dios ya que es una asistencia especial del Espíritu Santo que nos hace comprender según comprende el mismo Dios las cosas.



Por este don el hombre puede mirar todo con sentido divino, de eternidad, y así juzgar rectamente las cosas.

También este don produce en el alma una cierta “experiencia” de Dios, de algún modo nos hace “gustar” de Él. San Isidoro de Sevilla dice: “el nombre de sabiduría viene de sabor; como el gusto sirve para conocer el sabor de los alimentos, lo mismo la sabiduría, es decir, el conocimiento que se tiene de las criaturas por el primer principio, y de las causas segundas por la causa primera, es una regla segura para juzgar bien de cada cosa”.

La sabiduría nos hace experimentar a Dios y todas las cosas desde Dios. Sabemos que es muy difícil perseverar, elegir bien, actuar con buen criterio; pero gracias a este don el alma tiene un auxilio interior que le presta una ayuda indispensable a la hora de decidir ya que le enseña primero a valorar bien las cosas. Por eso se ha dicho anteriormente que para ser santos es necesario este don, que es un hábito de conocer las cosas tal como las conoce Dios. Y si conocemos las cosas así, entonces pondremos toda nuestra vida subordinada a su sentido y su fin verdadero que es Dios mismo.

Es necesaria la Sabiduría, como don del Espíritu Santo, para vivir la caridad y llevarla incluso hasta llegar al grado heroico. Porque con dicha Sabiduría, vemos con toda evidencia que para cualquier acto de nuestra vida siempre es mejor vivirlo desde el amor antes que de cualquier otra forma.

Efectos del Don de Sabiduría

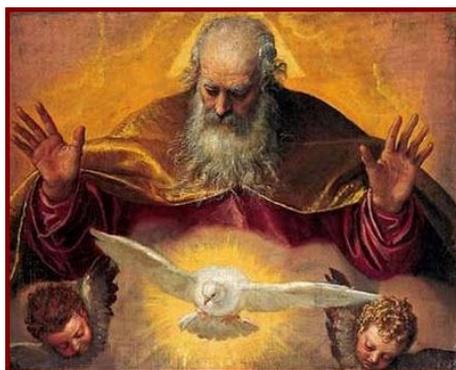
El primero efecto que produce en la persona que vive en verdad sumergida en el don de sabiduría, es la sustitución del instinto meramente

humano por el instinto divino. Todo lo ven desde las alturas, desde la mirada de Dios: lo mismo ven los pequeños sucesos de su vida diaria, que los grandes acontecimientos de la humanidad. En toda las cosas ven la mano de Dios. Su referencia siempre es Él, aun en medio de las calumnias y los insultos que puedan recibir. No se detienen un instante en la causa segunda (la maldad de los hombres) sino que juzgan el hecho desde su beneficio eterno. Ven con claridad que no hay otro tesoro verdadero que Dios o los acontecimientos que nos llevan a Él. “¿De qué me vale esto para la eternidad?”, decía San Luis Gonzaga ante cualquier hecho, ante cualquier situación.

Es el caso admirable de Santa Isabel de la Trinidad. El don de sabiduría es el más característico en ella, en su doctrina y en su vida. Llevada su alma por una sublime vocación contemplativa hasta el seno mismo de la Trinidad, estableció en ella su morada permanente y desde estas alturas contemplaba y juzgaba todas las cosas y acontecimientos humanos. Las mayores pruebas, sufrimientos y contrariedades no la perturbaban, como si su alma estuviera ya en la eternidad.

Nada puede perturbar la paz inefable de que gozan en lo íntimo de sus almas: todas las desgracias, enfermedades, persecuciones, etc., las dejan por completo «inmóviles y tranquilas», (como hemos dicho ya de Santa Isabel de la Trinidad): “**como si sus almas estuvieran ya en la eternidad**”. No les afecta nada de cuanto ocurre en este mundo: han comenzado ya su vida en el seno de Dios. Algo de esto quería decir San Pablo cuando escribía: «Porque somos ciudadanos del cielo...» (Phlp 3,20).

Si meditamos sobre lo dicho



anteriormente, vemos que los cristianos tenemos una necesidad imperiosa de acoger en nuestros corazones, con todo nuestro amor, el “**Don de Sabiduría**” pues este don nos hace plenamente conscientes de que: “el conocer a Dios y gustar de Dios, nos coloca en condiciones de poder discernir con verdad sobre las situaciones y acontecimientos de esta vida».

Con la visión profunda que da al alma este don, el cristiano que sigue de cerca al Señor contempla la realidad creada con una mirada más elevada, pues participa de algún modo de la visión y el amor que Dios tiene en Sí mismo de todo lo creado. Todo lo que sucede en su entorno lo percibe con la claridad de este don.

Las demás personas son para él una ocasión continua para ejercer la misericordia, para hacer un apostolado eficaz acercándolos al Señor. El cristiano comprende mejor la inmensa necesidad que tienen los hombres de que se les ayude en su caminar hacia Cristo. Se ve a los demás como a personas muy necesitadas de Dios, como Jesús las veía.

Como hemos visto antes, los santos, iluminados por este don, han entendido en su verdadero sentido los sucesos de esta vida: los que consideramos como grandes e importantes y los de apariencia pequeña. Por eso, no llaman desgracia a la enfermedad, a las tribulaciones que han debido padecer, porque comprendieron que Dios bendice de muchas maneras, y frecuentemente con la Cruz. Saben que todas las cosas, también lo humanamente inexplicable, coopera al bien de los que aman a Dios.

Con respecto a la vida interior del cristiano, el don de sabiduría le da una fe profunda y amorosa, y también una visión y una participación en el misterio insondable de Dios. Nos hace sentir de una forma especial la presencia y cercanía de Dios cuando, en la Eucaristía, participamos en la sagrada comunión.

También nos hace participar de un “sabor” especial en los momentos de adoración litúrgica: contemplando la presencia real de Jesucristo en el Sagrario o en la Custodia, llenando



Nombre.

En cuanto a la Palabra de Dios, la convierte en un “sabroso” alimento espiritual y nos lleva a comprenderla desde el corazón, escuchándola con amor filial y percibiendo que en ella nos habla el mismo Dios, el Padre amoroso que no abandona nunca a sus hijos.

La gracia que fluye a través del don de sabiduría nos llena de una gran paz y nos hace ser portadores de ella y llevarla allí donde la desunión ha roto la convivencia. Esa gracia nos ayuda a encontrar la palabra adecuada para llevar la reconciliación y la alegría donde existe la desunión y la tristeza. Por eso a este don corresponde la “bienaventuranza de los pacíficos”, aquellos que, teniendo paz en sí mismos, pueden comunicarla a los demás.

En la medida en que vamos purificando nuestro corazón, entendemos mejor la verdadera realidad del mundo, de las personas (a quienes vemos como hijos de Dios) y de los acontecimientos, participando en la visión misma de Dios sobre lo creado, siempre según nuestra condición de creaturas suyas.

Pidamos al Señor y a nuestra Madre la Virgen María: que “**El Don de Sabiduría** ilumine nuestro entendimiento para poder aspirar a la gracia de la santidad que emana de él”, haciéndonos comprender que esta santidad se encuentra en cada uno de los actos de nuestra vida siempre que se hagan con amor y estén al servicio de Dios y de nuestro prójimo. **Que así sea.**

Licerio Osuna

nuestro corazón de una felicidad infinita al ser conscientes de su presencia ante nosotros. Ello hace que podamos permanecer ante Él en profundo silencio, apenas interrumpido por alguna palabra de amor o de alabanza a su santísimo



Reflexiones de una Pionera

De Patti Mansfield

*Del Boletín de ICCRS
Año XXXIII, núm. 1*

“¡Quiero un milagro!”. Éstas fueron las palabras que clavé en una pizarra de avisos el 18 de febrero de 1967 durante el Fin de Semana de Duquesne. Poco podía imaginar que el milagro que Dios enviaría implicaba una moción mundial del Espíritu Santo, que ahora abarca a más de 119 millones de católicos.

“Siempre que el Espíritu Santo interviene, deja a la gente asombrada. Provoca hechos de asombrosa novedad. Cambia radicalmente a las perso-

nas y a la historia”, (palabras del Papa Juan Pablo II en la Vigilia de Pentecostés, de 1998). ¡Somos testigos de que el Espíritu ha intervenido! ¡Y Él está en el proceso de renovar, no sólo a nosotros, sino la faz de la tierra!

A lo largo de estos 40 años, éstas son las preguntas que me han hecho más a menudo:

¿Por qué Dios iba a empezar un movimiento tan significativa de Su Espíritu con un grupo de personas tan

insignificantes?

¡Es su estilo! Es maravilloso que nuestro Dios sea tan humilde que se asocie con los “pequeños”... pastores, carpinteros, pescadores. En nuestro caso, fueron estudiantes universitarios corrientes lo que fueron los recipientes de una extraordinaria visita del Espíritu Santo. Yo creo que el Señor quería dejar absolutamente clara que la RC era Su idea, Su iniciativa, Su obra. Fue –y todavía es– pura gracia: ¡don inmerecido!

La lección: ¡Dejar a Dios ser Dios! Orar, buscarle, luego esperar que actúe. Quizá otra lección es que Dios quiere movilizar a jóvenes y laicos para la Nueva Evangelización que nos queda por realizar. Apuesten por la gente joven y pídanle a Dios que envíe una nueva moción del Espíritu sobre ellos.

¿Qué hay en el corazón de la Renovación Carismática?

¡El Bautismo en el Espíritu Santo! Mi resumen de ser bautizada en el Espíritu se encuentra en Romanos 5,5: "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado." Millones conocen al Padre como "Abba"... un querido "Papito". "Jesús es Señor" no es sólo una frase sacada de la Biblia. ¡Es vida y vida en abundancia! Conocer a Jesús como un Salvador vivo, Maestro, Amigo, Amado, SEÑOR todo esto es gracias al bautismo en el Espíritu. El espíritu Santo ya no es la persona olvidada en la de la Trinidad, sino al que invocamos en un constante "¡Ven Espíritu Santo!" sobre cada aspecto de nuestras vidas y trabajo.

La lección: hacer todo lo que podamos para llevar a la gente al Bautismo en el Espíritu. Es una gracia para toda la Iglesia. Mis amigos de Brasil, donde 12 millones ya han recibido el Espíritu Santo, se han puesto la meta de llegar a los 20 millones en el Año del Jubileo. Recuerden lo que el Bautismo en el Espíritu ha hecho por ustedes. Vuelvan a contar su historia. Ofrezcan seminarios de Vida en el Espíritu, programen retiros, jornadas, donde la gente pueda entrar en

contacto con esta corriente viva de gracia. Los pastores alienten a los jóvenes a que esperen recibir dones carismáticos así como santificantes del Espíritu en la Confirmación. Que renueven su propia Confirmación así como renovamos las promesas del Bautismo. En la Vigilia de Pentecostés de 2006, el Papa Benedicto XVI presidió una ceremonia para renovar el Sacramento de la Confirmación con 400.000 miembros de movimientos eclesiales y nuevas comunidades. Fue este mismo impulso de "renovar la confirmación" en el Fin de Semana de Duquesne lo que nos llevó al Bautismo en el Espíritu.

¿Cómo se siente al haber estado allí al principio y al ver el alcance de este movimiento hoy? ¿Cómo se siente por haber hablado al Papa Benedicto XVI de parte de todos los movimientos en la Vigilia de Pentecostés del año pasado?



Me siento un poquito como Nuestra Señora. ¡Lo que puede hacer un "Sí"! Cuando María pronunció su "Sí"

a Dios, no podía imaginar las ramificaciones de ese asentimiento... esos misterios -gozosos, luminosos, dolorosos, gloriosos- que la esperaban. La docilidad de María cambió el curso de la historia de la humanidad, y ahora todas las generaciones la llaman bendita. Su "Sí" y mi "Sí" son parecidos. Desencadenan una cadena de acontecimientos en las vidas de otros cuyas conversiones están ligadas a las nuestras. Es verdaderamente misterioso y maravilloso. No puedo decirles cuánta gente de todo el mundo se siente vinculada a mí simplemente porque dije "Sí" a Dios en el "Fin de Semana de Duquesne" cuando era una muchacha de 20 años.

La lección: ¡Ocupen su lugar! Sean como María en una apertura radical al plan de Dios. Recuerden: "¡En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos!" (Ef 2,10). ¡Este pasaje cobró vida para mí cuando estaba de pie ante el Santo Padre el pasado junio, consciente de mi insignificancia pero confiada (" hasta la audacia", como le encantaba decir a Santa Teresa), en el poder del Espíritu de Dios. ¡Quién sabe las sorpresas que guarda el Espíritu Santo para ustedes!

"Aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar, conforme al poder que actúa en nosotros, a Él la Gloria en la Iglesia y en Cristo por todas las generaciones y todos los tiempos. Amén" (Ef 3,20).



Para Meditar...

De las cartas pastorales de san Carlos Borromeo, obispo .

Ha llegado, amadísimos hermanos, aquel tiempo tan importante y solemne, que, como dice el Espíritu Santo, es tiempo favorable, día de la salvación, de la paz y de la reconciliación; el tiempo que tan ardientemente desearon los patriarcas y profetas y que fue objeto de tantos suspiros y anhelos; el tiempo que Simeón vio lleno de alegría, que la Iglesia celebra solemnemente y que también nosotros debemos vivir en todo momento con fervor, alabando y dando gracias al Padre eterno por la misericordia que en este misterio nos ha manifestado. El Padre, por su inmenso amor hacia nosotros, pecadores, no envió a su Hijo único para librarlos de la tiranía y del poder del demonio, invitarnos al cielo e introducirnos en lo más profundo de los misterios de su reino, manifestarnos la verdad, enseñarnos la honestidad de costumbres, comunicarnos el germen de las virtudes, enriquecernos con los tesoros de su gracia y hacernos sus hijos adoptivos y herederos de la vida eterna.

La iglesia celebra cada año el misterio de este amor tan grande hacia nosotros, exhortándonos a tenerlo siempre presente. A la

vez nos enseña que la venida de Cristo no sólo aprovechó a los que vivían en el tiempo del Salvador, sino que su eficacia continúa, y aún hoy se nos comunica si queremos recibir, mediante la fe y los sacramentos, la gracia que él nos prometió, y si ordenamos nuestra conducta conforme a sus mandamientos.

La Iglesia desea vivamente hacernos comprender que así como Cristo vino una vez al mundo en la carne, de la misma manera está dispuesto a volver en cualquier momento, para habitar espiritualmente en nuestra alma con la abundancia de sus gracias, si nosotros, por nuestra parte, quitamos todo obstáculo.



Por eso, durante este tiempo, la Iglesia, como madre amantísima y celosísima de nuestra salvación, nos enseña, a través de himnos, cánticos y otras palabras del Espíritu Santo y de diversos ritos, a recibir convenientemente y con un corazón agradecido este beneficio tan grande, a enriquecernos con su fruto y a preparar nuestra alma para la venida de Nuestro Señor Jesucristo con tanta solicitud como si hubiera él de venir nuevamente al mundo. No de otra manera nos lo enseñaron con sus palabras y ejemplos los patriarcas del Antiguo Testamento para que en ello los imitáramos.

DESCUBRIENDO AL SEÑOR

Yo siempre pensé que los miembros de la Renovación Carismática eran un poco iluminados, no entendía eso del bautismo en el Espíritu cuando ya habíamos sido bautizados en su momento, pero bien es verdad que yo nunca elegí ser bautizada, yo nunca opté por Dios nuestro Señor con una opción adulta, con la fuerza que después he entendido que debe tener uno para seguir ese camino que es lo más hermoso que le puede pasar a una persona, lo más maravilloso, lo más pleno y a la vez una opción difícil.....

He tenido pocas experiencias maravillosas en estos últimos tiempos, desde que tuve la efusión del Espíritu Santo, y no sé ni por dónde empezar. Lo haré por el principio.

Mis hermanos del seminario, los veteranos, me parecían gente cuerda, inteligente y muy capaz, pero tal vez un poco “flipados” de Dios, con un componente de misticismo que yo por supuesto sabía a ciencia cierta que no tenía.

Llegó el momento de la efusión, era el día 8 de febrero de 2009, hacía un día maravilloso, bonito, creo que incluso llovía y a mí no me gusta la lluvia pero yo lo sentía como un día muy especial, como si hubiera sido uno de estos de primavera de calor. Llegamos allí y el ambiente era cálido, acogedor, te sentías querida por tus hermanos, te sentías abrazada.

Empezaron a orar. La oración tenía una fuerza increíble, notabas un calor y una espiritualidad potente pero nada especial. Yo seguía sin sentirme nada mística, nada tocada por el Señor. Pensaba: “¿Tendría que estar pasándome algo ya?”. Y tuve la certeza de que todo acabaría sin que a mí me ocurriera nada en especial, de repente lo supe. Y cuando ya estaba abandonada a ese pensamiento volví a pensar “Bueno, al menos voy a disfrutar de este momento de oración tan intenso y tan bonito”. Las canciones eran her-

mosísimas y te sentías en el séptimo cielo. Y fue ahí cuando sucedió todo. De repente me invadió una sensación poderosa, fuerte, arrasadora que me hizo ver mi vida, no entera, sino a trocitos sueltos como con una mirada distinta. Recordaba situaciones incómodas o tristes para mí que ahora parecían tan fáciles... recordaba a personas que me crispaban profundamente y a las que yo siempre criticaba con fuerza y estas pasaban por mi mente y yo las miraba con mirada amable, con mirada de amor, con un amor que no era mío, con una paz y una comprensión que no entendía. Podía comprenderlo todo.

Era un amor puro, por primera vez entendí ese concepto, un amor puro; la misericordia de Dios me invadía por completo. Era ungida por un amor que no me pertenecía, ese amor que se siente en lo más profundo del corazón y que hace las cosas fáciles porque salen de lo más profundo, el amor gratuito. Y me di cuenta de que Dios estaba poniendo su mirada en mí, sus ojos en mis ojos, me hacía ver como Él nos veía.

Continuaban pasando por mi mente situaciones que eran habitualmente difíciles para mí, incluso el Señor las elegía a propósito especialmente irritantes, mis puntos débiles, es decir, aquellas que me ponen de muy “mal humor” y yo las seguía viendo con los ojos del amor. Fue como si me revelara directamente su amor. Me invadió un sentimiento de agradecimiento y pensé: “Yo me quiero quedar así”, (recordé el pasaje del evangelio cuando los discípulos le dicen al Señor: ¿Por qué no hacemos tres tiendas y nos quedamos aquí?). Yo me quería quedar exactamente ahí, por unos minutos pensé que este amor inmenso hacia todo y todos permanecería en mí cuando la efusión acabara, porque lo sentía con tanta nitidez y tanta fuerza que me vi

capaz en mis propias fuerzas. Cuando todo acabó, por supuesto volví a mis miserias y mis pobreza, mis inseguridades y supe en mi interior que Dios no quiere metas conseguidas, sino caminos empedrados por los que seamos capaces de caernos y volvernos a levantar. Quiere que caminemos cada día, esa es la verdadera grandeza; supe que nuestro Señor quiere que caminemos pero con Él al lado, agarrando su mano y dejándonos llevar como niños. Eso sí, a veces nos hace regalos de perfección, como éste que me regaló. Es como si nos diera un anticipo maravilloso.

Y en ese pensamiento estaba ensimismada cuando acabó mi efusión, nos levantaron y colocaron en el círculo de oración a otras personas para imponerles las manos y orar por ellas.

Empezamos a imponer las manos a los demás. Hubo dos tandas pero no sé cuándo fue, lo recuerdo todo entremezclado y confuso. Estábamos imponiendo las manos a otros hermanos, la oración era fuerte... y de repente sentí una necesidad de tirarme literalmente al suelo, mis rodillas se doblaban solas porque pude sentir al Señor en el centro del círculo, allí sentado. Jesús estaba sentado en un lugar bajo, una pequeña silla o una roca, no sé exactamente, y yo caía postrada a sus pies con un amor como nunca antes había sentido, con entrega, con total abandono.

Le toqué el manto. Estaba algo sucio y era áspero, de tela burda; levanté su manto buscándole los pies porque quería besarlos. Los tenía llenos de polvo. Lloré encima de ellos con tal fe, que me sentí como todos aquellos personajes del Evangelio que tocaban a Jesús sabiendo que los curaría. Yo supe eso a ciencia cierta, se me reveló con una claridad que me hacía sentir un amor inmenso. Me sentí amada verdadera y profundamente con un amor loco, me sentí muy pobre y muy

amada por Él. Era un sentimiento tan arrasador que parecía como si me estuvieran lavando con una manguera a presión, zarandeándome, volteándome, verdaderamente amada y perdonada en el Señor. Entonces supe que en mi pobreza era yo quien no me perdonaba, no el Señor que me amaba como nadie me había amado ni me amaría porque esto era AMOR con mayúscula. Lloré y lloré sobre sus pies y Él me tocaba la cabeza con suavidad, con esa eterna misericordia de la que siempre hablamos pero que no nos creemos de verdad. Por mis circunstancias siempre he sido una persona muy responsable, muy adulta, demasiado seria, tal vez porque perdí a mi madre de una larga enfermedad bastante joven y siempre he hecho cosas que no correspondían a mi edad; he tenido que cuidar a todo el mundo y me ha faltado esa sensación que uno tiene cuando está en brazos de su madre, abandonada y con total seguridad. Pues bueno, el Señor quiso hacerme ese regalo en ese momento. Estaba en sus brazos, tan a gusto...que quería eso para siempre.

La escena interior que estaba viviendo se entremezclaba con la realidad de la gente que allí estaba y que oraba, y yo lo único que deseaba era ir al centro del círculo y postrarme rendida ante nuestro Señor que me estaba mostrando esa visión tan impresionante. Porque la postura real de mi cuerpo no coincidía con la de mi alma y eso era incómodo, quería estar a sus pies porque ya lo estaba. Pero en el último momento me frenó la dichosa racionalidad, volví de nuevo a pensar (a mí me lo deberían prohibir) y luché con tanta fuerza contra las ganas de tumbarme en el suelo a los pies de mi Señor que acabé consiguiéndolo.

Entonces Dios me regaló otra cosa. En esa lucha interna de la que hablo por no dejarme llevar y caer al suelo, abrí un momento los ojos y se dirigieron sin saber por qué a una esquina del salón en la que uno de mis hermanos estaba postrado sin reservas ante una cruz colgada de la pared, abandonado y sin importarle nada más que su Señor. Pensé: “Bendito seas Señor que nos haces ver a través de nuestros hermanos nuestra propia pobreza. Gloria a ti porque mi hermano ha sabido estar a tus pies”. Y entonces sa-



lió de mí una alabanza preciosa y me sentí feliz, feliz, feliz... sonreía y lloraba con una emoción que no puedo ni describir. Supe que después de ese momento muchas veces estaría a los pies de mi Señor, postrada, adorándole porque es lo que me ponía en el corazón.

Y así fue. Desde ese día lo único que me pedía el Señor es estar a sus pies, de tal forma que en Maranatha o allí donde me encontrara orando me venía el recuerdo de mi visión a los pies del Señor de una forma fuerte, poderosa, casi obligándome a echar todo mi cuerpo al suelo y orar, como si fuera la única forma en que el Señor pudiera comunicarse conmigo de verdad. Tomás me decía: “Si tu visión se repite tanto, tal vez el Señor quiere decirte algo, piénsalo”. Algo quería decirme el Señor y lo decía alto y claro.

Unos días después estaba trabajando en mi casa y de repente sentí la necesidad de postrarme en el suelo y al fin lo hice. Fue una auténtica liberación. Dejé todo a un lado, el ordenador, los papeles, todo... Y oyendo una canción de Juan Luis Guerra en la que habla de conversión, me tiré al suelo, y sintiendo de nuevo al Señor con esa fuerza que me regalaba, lloré en sus pies, delante de Él, lloré y lloré durante mucho rato, y en cada una de mis lágrimas iba un trozo doloroso de mí, con cada una de ellas me liberaba y me hacía otra mujer, una mujer nueva. Pero miraba hacia atrás y veía atado a mí un peso inmenso, una maleta gigantesca llena de trastos viejos que me impedía moverme con libertad. Me venía a la cabeza esa escena de la película “La Misión” cuando Robert de Niro sube la montaña con el peso

colgando como penitencia y cómo el indio se lo corta arriba para liberarlo entre lágrimas. Me veía como una mujer nueva pero con un peso enorme colgando de mí.

Necesitaba algo nuevo, necesitaba ser perdonada, creo que necesitaba perdonarme yo misma también. Pude ver cómo Cristo me estaba renovando pero me pedía algo a cambio también a mí, la renovación total pedía un paso por mi parte, un “si quiero”. Y esto tenía un nombre: Confesión. Y puede parecer que esto es una tontería, todo el mundo se confiesa de vez en cuando, pero he de confesar mi pobreza, yo no me confesaba, no me confesaba desde hacía muchísimos años, ni siquiera recordaba ninguna confesión después de la comunión, es increíble pero cierto. ¡Y tenía tanto dolor dentro de mí, tanto arrepentimiento! Durante años había sido creyente, es verdad que siempre a mi manera, pues había normas que no respetaba y tenía mis propios criterios.

Antes me sentía cerrada a cal y canto, ahora estoy abierta de par en par. ¿La confesión? Nunca la entendí y me resistía a ella por completo, creía que no me aportaría nada. Suena típico pero yo pensaba: ¿Por qué tengo que contarle mis cosas más profundas a nadie? Y nunca me confesé, incluso pasé momentos importantes de mi vida sin hacerlo. Y de repente el Señor me hizo ver con una claridad meridiana que debía confesarme, pero no sólo eso, sino que lo hizo con una misericordia infinita porque ni siquiera sentí que tenía que violentarme para hacerlo, muy al contrario, no lo pasé mal en absoluto, al revés, tenía hambre y necesitaba comer. Llamé a un sacerdote para ir a confesarme. Y le dije en tono jocosos: “¡Ya puedes tener tiempo, porque llevo sin confesarme desde el 80 por lo menos...!” El me respondió con otra broma y me pareció muy humano, me dio confianza. Quedamos para ese miércoles mismo. Y él me hizo ver que casualmente (o no tan casual) era miércoles de ceniza, ¡qué día más perfecto para confesarse! La confesión duró más de dos horas, rezamos el ángelus, oró por mí, fue maravilloso. Lloré mucho, pero sentí aquellas lágrimas como todas las medicinas del mundo juntas, me sanaban, me hacían nacer de nuevo. Ahora

sí era una nueva mujer. Salí de allí FELIZ, y lo pongo en mayúsculas porque digo feliz en toda su integridad. FELIZ.

Después de ese día tengo miles de experiencias que contar, mi camino se ha abierto a la luz del Señor, lo necesito a todas horas, vivo cosas que ni imaginé siquiera. Ahora lo siento como el centro de mi vida. Orar me hace sentirme plena. Igual que necesito comer necesito orar (me siento extraña de mi propia sensación, jamás pensé sentir esto). Y mi forma de oración ha cambiado, ya no hablo mucho, estoy delante de Él sin más, pensando "Aquí estoy, tú sabrás..."

Desde la efusión, me siento verda-

deramente "tocada" por nuestro Señor. Los regalos son continuos, debe saber que yo soy muy tozuda. Él me conoce mejor que nadie y me está dando un torrente de agua para que beba hasta reventar, para que me llene de su gracia y su Espíritu porque soy muy débil y lo necesitaré para dedicarle la vida.

Lo único que tengo claro es que mi vida es de Él, que algo ha cambiado en mí sin remedio, ya no seré nunca la misma y no quiero serlo, estoy marcada a fuego en mi corazón y en mis entrañas con su amor, y eso es un privilegio. Me hace vivir cosas increíbles, me hace tener una fuerza sobrehumana, me hace hablar de Él sin ver-

güenza, me hace resplandecer y que su amor se vea a través mío a pesar de mi inmensa imperfección. Apenas puedo creer lo que me está pasando. Y sigo siendo igual de desastre, o más incluso. Ahora siento mis debilidades mucho más a flor de piel porque me ha regalado una lupa de muchos aumentos que me muestra cómo soy con claridad, y vivo en un arrepentimiento continuo, pero no me siento pesada sino liviana porque sé que la próxima vez me ayudará a hacerlo mejor. Y sé que me quiere de todas formas.

Elena Cabezudo



Encuentro en Hungría

M^a Eugenia Moñibas

ENCUENTRO EUROPEO DE LÍDERES DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN BUDAPEST (5 a 8 de noviembre de 2009)

Los días 5 a 8 de noviembre de 2009 ha tenido lugar en Gödöllo, a las afueras de Budapest (Hungría), un encuentro europeo de líderes de la Renovación Carismática Católica, convocado por el Subcomité europeo del ICCRS. Este acontecimiento ha reunido a hermanos de treinta países de nuestro continente y por primera vez, asistían representantes de Albania, Dinamarca e Islandia.

El encuentro comenzó con la celebración de la Eucaristía presidida por el obispo local y el cierre estuvo a cargo del profesor Guzmán Carriquiry, Subsecretario del Consejo Pontificio para los Laicos. Aunque lo más destacable de este encuentro ha sido la oración, la reflexión, el diálogo en pequeños grupos de trabajo y la fraternidad, también han contribuido al enriquecimiento de todos, las enseñanzas de Michelle Moran, presidenta del ICCRS; de Johannes Fichten-

bauer, representante de la red europea de comunidades carismáticas; del maltés Jude Muscat, nuevo representante del Sur de Europa en el Consejo del ICCRS; y por último, del diácono Laszlo Gorove, de Hungría, miembro del Subcomité Europeo del ICCRS con sus predicaciones en las homilias de las Eucaristías.

Si hay una idea eje que ha marcado todos estos días, esa es, sin duda, la necesidad imperiosa de crear unidad y comunión entre las diferentes realidades carismáticas de nuestro continente europeo, desde el respeto a la diversidad como fuente de riqueza de dones y carismas de la Renovación Carismática.

Guiados desde el principio por un deseo fuerte de presencia del Espíritu Santo, empezamos orando para que el Señor nos situara y nos iluminara sobre la realidad de la Renovación Ca-

rismática en nuestros países y nos regalara su visión para Europa. Ya en esa primera noche de oración, el Señor nos regalaba una palabra profética invitándonos a ponernos de rodillas ante Él, a humillarnos y reconocerle a Él como el Dios de nuestras vidas y de todos nuestros grupos. En definitiva, nos pedía que le devolviéramos su poder soberano sobre nuestros grupos, sobre nuestras realidades carismáticas en todas sus manifestaciones. Como nos recordaba Michelle Moran, presidenta del ICCRS, hace dos años, en el encuentro de Varsovia (Polonia), el Señor nos invitaba a ponernos en pie y en camino, mas ahora el Señor nos está pidiendo detenernos, humillarnos primero, postrarnos bajo el estrado de sus pies y estar atentos para no adormilarnos en las fértiles riveras del Jordán porque tenemos que estar atentos a las llamadas del Señor.

Como ella misma señalaba, la actual

situación social y política de Europa va calando poco a poco en nuestros corazones y se va transformando en desánimo. Como en otro tiempo describiría el profeta Ezequiel, vemos un valle de huesos secos: cultura de la muerte, matrimonios rotos, homosexualidad, abusos de poder... pero hoy como ayer el Señor nos promete infundirnos su aliento para revivirnos. Necesitamos mirar hacia adelante con fe, más allá de nuestra realidad cercana. Necesitamos dejar que el Señor nos levante y nos dé una visión sobrenatural porque sus promesas son para siempre. El Señor nos ha prometido la gloria y hacia ella debemos caminar.

En esta misma línea, Johannes Fichtenbauer, especialista en comunidades de vida y religiosas de la Renovación Carismática, nos invitaba a estar preparados para la venida del Señor mediante la oración y la intercesión. Y Darek Jeziorny, presidente del Subcomité europeo del ICCRS, nos animaba a no perder tiempo, a abandonar nuestra pereza, nuestra falta de esperanza y a no escudarnos en nuestras debilidades y empezar a orar con fuerza.

En estos días hemos ido forjando una visión entre todas las regiones de Europa mediante la oración, el trabajo en grupos y la puesta en común de las conversaciones mantenidas, inspirados por ese Jesús que desde su trono glorioso nos regala su vida a través de la transparencia inigualable del mar de cristal. Es de esa preciosa agua que brota el don de la unidad y de la co-

munió n entre los hermanos. La visión que el Señor nos ha regalado para la Renovación Carismática de Europa es mantenernos unidos en el amor y en comunió n, respetando el don precioso de la diversidad.

Tal y como ha sido sintetizada por Darek Jeziorny, la visió n del ICCRS para Europa se resume en los siguientes puntos esenciales:

1) Europa debe caminar hacia la unidad y comunió n de todas las realidades de la renovació n carismática respetando la riqueza de su diversidad.

2) Tener una actitud de comunió n significa tener tiempo para los demás.

3) Los líderes europeos deben dejar paso a los jóvenes.

4) La actual situació n sufriente de Europa nos llama a potenciar el carisma de la intercesió n.

5) Debemos usar la tradició n y los fundamentos de la Iglesia como fuente de riqueza espiritual.

6) Es el momento propicio para preparar el ejército de Dios que marche hacia la gloria.

7) Nuestros ojos deben estar puestos en la santidad personal y en acercar a otros para que Dios también les llene con su santidad.

8) No podemos hacer nada individualmente sino que todo debe hacerse en el grupo, en la comunidad.

9) No podemos olvidar invocar el Espíritu Santo y sus dones.

Por primera vez en varios años el Señor nos ha reunido y hemos podido

dialogar con nuestros hermanos de la RCCE sobre unidad y diversidad, sobre fidelidad a nuestras identidades, con respeto, paz y cordialidad. Hemos compartido nuestras experiencias sin tensiones. Por unos días hemos apartado nuestras diferencias, nuestro difícil y doloroso pasado para dialogar sobre unidad, comunió n en Jesucristo y diversidad. Hemos orado para que el Señor vaya creando sentimientos de unidad y comunió n entre nosotros y aunque no ha habido un diálogo sobre un posible acercamiento, si ha existido un reconocimiento y respeto mutuo.

Una segunda visió n para Europa e importantísima en el momento presente, es la necesidad de sanació n, de interceder incansablemente los unos por los otros. Este mundo está roto por el sufrimiento y ahora más que nunca, creyentes y no creyentes necesitan del poder sanador de Dios. No podemos encerrarnos en nosotros mismos sino que hemos sido llamados a ser santos y a acercar a otros muchos a la santidad. Por tanto, hermanos, no podemos quedarnos quietos. Necesitamos “movilizar al ejército de Dios”, no dejar de invocar al Espíritu Santo para que nos llene de sus dones y carismas, y así juntos y en comunió n con todos los hermanos de Europa poder avanzar como pueblo de Dios hacia el cumplimiento de las promesas.

María Eugenia Moñibas





Ciudad del Vaticano. 2 de diciembre de 2009

Queridos líderes de la Renovación Carismática Católica,

ICCRS les anuncia con gran gozo el evento "El Camino a Pentecostés" que se realizará del 19 al 23 de Mayo 2010 en Asís (Italia).

Este evento de 4 días tendrá como tema especial la "Intercesión", incluyendo la celebración de la Fiesta de Pentecostés el día 23 de Mayo. Dado que el número de asistentes es limitado, podremos recibir un máximo de 400 solicitudes de participación.

Además de la Celebración Eucarística diaria, de las enseñanzas y talleres, este evento internacional permitirá a los asistentes:

- ✓ Experimentar una renovada Efusión del Espíritu Santo
- ✓ Profundizar nuestra comprensión del llamado a la Intercesión
- ✓ Interceder por las Naciones con el poder del Espíritu Santo

Para ilustrarlos detallo a continuación el contenido del Programa:

Mayo 19 (por la tarde) Bienvenida, Santa Misa, 1a. Sesión: El llamado a la Intercesión
Mayo 20 2a. Sesión: Jesús, El Intercesor, Talleres, 3a. Sesión "El retorno a la estancia superior"
Mayo 21 4a. Sesión: El Intercesor Arrepentido, 5a. Sesión: Guerra espiritual
Mayo 22 6a. Sesión: María, nuestro Modelo para la Intercesión
Mayo 23 Misa especial de Pentecostés, incluyendo el Desfile de las Naciones.

También se ha organizado una peregrinación opcional de 1 día a Asís, desde las primeras horas de la tarde del día 23 de Mayo hasta el almuerzo del 24 de Mayo.

Estas actividades se brindarán con traducción a diferentes idiomas, dependiendo del número de participantes que así lo soliciten.

El precio (incluyendo la inscripción, comidas y pensión en habitaciones dobles/triples) es de € 400.

La peregrinación opcional cuesta € 100. En la hoja 2 de la Ficha de Inscripción que adjuntamos a la presente, damos mayores detalles sobre los costos.

Dada la condición de líderes de la Renovación Carismática Católica les agradeceré den amplia publicidad a este evento, a través de e-mail personales, en los encuentros locales y/o nacionales y en sus publicaciones.

Les invito a visitar nuestra página web (www.iccrs.org) para mayores informaciones sobre el Programa y detalles de la organización.

Noticias...Noticias...Noticias



En dicho sitio se encuentra la Ficha de Inscripción y Pago para registrar la inscripción y enviarla a esta Oficina.

Nos unimos en la oración para que puedan tener la posibilidad de asistir a estas actividades.

Les pido que hagan conocer esta noticia y que alienten a muchos hermanos a participar, para que todos juntos podamos celebrar una verdadera fiesta del Espíritu.

Bendiciones.

Oreste Pesare
Director de ICCRS

251#EV10.OP/pm

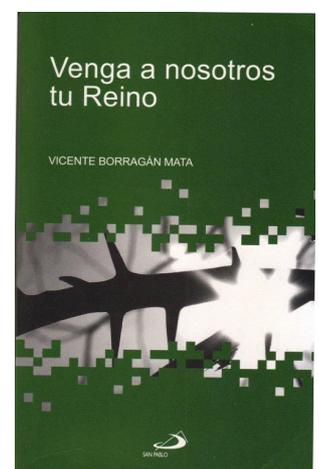
Postal Address: ICCRS, Palazzo San Calisto, 00120 Vatican City, Europe
Offices: Piazza San Calisto, 16 - 00153 Rome, Italy
Tel.: +39 06 69.88.71.26 - 06 69.88.71.27 - **Fax:** 06 69.88.72.24
E-mail: info@iccrs.org - **Fax Prayer Line:** 06 69.88.72.30
Web site: www.iccrs.org



Ideas Para Tu Biblioteca

VENGA A NOSOTROS TU REINO *Vicente Borragán Mata*

El anuncio de la llegada del reino de Dios fue el tema principal de la predicación de Jesús. Anunciaba, por encima de todo, un reino de perdón y de gracia, de amor y de vida, que sobrepasaba todo lo que podíamos imaginar. Por eso, su llegada era la noticia más alegre para los hombres. Pero ¿cuál es nuestra parte en ese reino que llega? ¿Qué tenemos que hacer para entrar en él? La llegada del reino debería producir un nuevo estilo de vida, que debería expresarse en la acción de gracias y en la alabanza hacia Dios, y en el amor y en el perdón, en el servicio y en la entrega a los hombres.

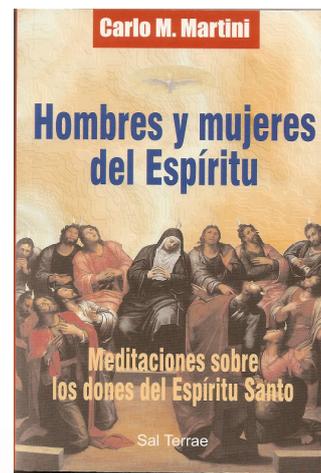


Hombres y mujeres del Espíritu **- Meditaciones sobre los dones del Espíritu Santo -** *Carlo M. Martini*

Las Meditaciones contenidas en este Libro del Cardenal-Arzbispo de Milán, Carlo María Martini, son fruto de unos Ejercicios Espirituales que fueron dirigidos por él. No se trata de unas exposiciones teológicas de dificultoso entendimiento, sino de unas meditaciones, más bien sencillas, sobre la palabra de Dios, acercándonos a la comprensión de la obra del Espíritu Santo.

Son los Dones del Espíritu Santo los que se ven reflejados en cada una de las lecturas de la Palabra de Dios y en las meditaciones que se hacen sobre dicha Palabra.

El Cardenal Carlo M. Martini, en el entorno de unos Ejercicios Espirituales, crea una maravillosa conexión entre la Palabra, el mismo Jesús y la obra que el Espíritu Santo hace con sus Dones en cada uno de los creyentes.



A Tu Servicio

Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico gratis.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Queremos recordaros también que en las direcciones que aparecen debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Direcciones secretaría:

Teléfono: 91.547.90.87 (Beatriz Carrasco)

e-mail: beacarrasco@telefonica.net

Dirección postal: Beatriz Carrasco

C/ Cadarso, 10, 4ª Ctro. Izda.
28008 MADRID

Tu equipo de servidoras en la zona centro:

Dori Fernández, Encarna Arnedo, Irene Laín, Mamen Macías, Mamen Sánchez.

e-mail: renovacionzonacentro@gmail.com